





# PUNTO CARDINAL

*Tour de force, 33*



Leonor de Recondo

# Punto cardinal

Traducción de Palmira Feixas

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Point cardinal*  
Copyright © Sabine Wespieser éditeur, 2017

© de la traducción: 2021 Palmira Feixas  
Revisión: Marta Hernández

© 2021 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2021

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Suteishi

Esta obra se benefició de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-122111-5-3  
Depósito legal: B-5.400-2021

*Printed in Spain*

*Para Isabelle Sauveur*





«ella vuelve de lejos  
podríamos decir de ella  
si la conociéramos»

JEAN-CLAUDE PIROTTE  
*Une île d'ici* [Una isla de aquí]



Mathilda conduce hasta la rotonda y luego estaciona en el aparcamiento del supermercado. A esta hora casi no hay nadie. Elige una plaza lejos de la entrada, apaga el motor, desliza el CD en la ranura del salpicadero. A la sombra del enorme letrero luminoso, surge la música, con el volumen al máximo.

*Oh Lord who will comfort me?*

Mathilda coloca un espejo sobre el volante, se mira, se encuentra hermosa y triste a la vez, se observa el mentón, la nariz y los labios. Es el momento del despojo, el peor de todos.

Sale del coche, abre el maletero. Debajo de la moqueta, la rueda de recambio ha desaparecido para albergar un maletín. Lo coge temblando. ¿Cuánto tiempo aguantará? Mathilda vuelve a sentarse, el maletín de aluminio le hiela los muslos. Acciona los cierres, que se abren con un ruido seco. Coge una toallita desmaquillante, se frota suavemente los ojos y, acto seguido, empieza a quitarse las pestañas postizas. Su cara se desviste. Una vez guardadas las pestañas en su cajita, Mathilda casi ha desaparecido bajo los restos de lápiz negro, de colores mezclados, de rímel esparcido hasta los pómulos.

A sus pies, entre los pedales, va arrojando las toallitas arrugadas, empapadas de maquillaje beige, negro, rojo, marrón.

*My soul is wearying...*

Es la tercera vez que Melody Gardot empieza la canción. Mathilda hace una pausa y se pone a cantar con ella, golpeteando el volante al ritmo de la música. Si tuviera agallas, saldría del coche para bailar. Abriría las portezuelas de par en par, ajena a los transeúntes y los curiosos, se menearía, daría palmadas y se exhibiría, pero no se atreve.

Medio desmaquillada, Mathilda recupera el aliento, reclina el cráneo en el reposacabezas, espera un poco antes de continuar, luego mira la hora. Son las ocho y diecisiete. Debe regresar.

Entonces, meticulosamente, se limpia cualquier rastro de la cara. Mathilda suda, le arden las sienes. Retira las horquillas y la redecilla que sujetan la peluca, guarda la cabellera en su funda y, acto seguido, se examina los ojos y la boca en el espejo. Ni rastro, la base de maquillaje se ha disuelto. Ahora debe desnudarse y ponerse la ropa de deporte. Mathilda se contorsiona para quitarse el vestido de seda. Se baja las bragas y las medias hasta los tobillos, enrollándolas.

Laurent está completamente desnudo. Coge su mochila del asiento trasero y la pone en el que tiene al lado, hurga en su interior, saca unos calzoncillos, unos pantalones de chándal, una camiseta y unos calcetines. A toda prisa. El coche está sembrado de ropa y de toallitas usadas. Un caos a semejanza de su desorden interior. Irritado por el hecho de haberse arrancado sus prendas de luz, Laurent vuelve a la sombra, maldice, se viste, se crispa, guarda todo lo que debe esconder en el maletín que encontrará refugio en el maletero, bajo la moqueta. Él seguirá siendo una mentira.

Al cabo de unos minutos, está listo. Ya no queda nada del desorden. Al arrancar, le quita la palabra a Melody Gar-

dot. La radio escupe las últimas noticias. Debe concentrarse, está llegando a casa. Tiene poco tiempo para calmarse, para olvidar los instantes de alegría, a Cynthia y sus amigas del ZanziBar, la música y la seda. La realidad son las noticias vespertinas, el tiempo y los anuncios.

Laurent se encuentra a pocas calles de su casa. Aminorra la velocidad, respira hondo. Soy Laurent, fingir. Gira a la derecha, la puerta está abierta. El coche avanza por la grava. Se detiene, tira del freno de mano y espera un poco más.

En ese instante, le gustaría fundirse en el tejido sintético del asiento. Desaparecer, ya que Mathilda no está.



—¡Buenas noches, aquí estoy!

Laurent asoma la cabeza por la puerta de la cocina y repite:

—¡Aquí estoy!

Solange, inclinada sobre el fregadero lavando una lechuga, se da la vuelta. Las hojas que tiene en la mano gotean en las baldosas. Le sonrío.

—¿Qué tal el día?

—Bien. ¿Crees que me da tiempo a ducharme antes de la cena?

—¡Claro! Comeremos cuando termines.

Laurent se da prisa, sube directamente al piso de arriba, pasa por delante de las habitaciones de sus hijos, sin saludarlos. Primero quiere ducharse, restregarse. Deja la bolsa de deporte a propósito en el pasillo y entra en el cuarto de baño. Se desnuda rápido, cierra la puerta de la ducha tras él y deja que el chorro ardiente le resbale por la piel. Sube un poco más la temperatura. Desinfectarme, enjabonarme, frotarme todo el cuerpo con el guante de crin, lavarme el pelo, hacer espuma con el champú, extendérmela por la cara, si no tuviera tan mal gusto, incluso me la metería en la boca.